

DESPIERTA, CARIÑO, QUE NOS VAMOS A CÁDIZ

Un golpe de luz dubitativa se coló entre las fisuras de la noche, exhausta ya de sombras, como un cisma renqueante que apenas cuenta con adeptos. El aprendiz de escritor comprendió que era el momento de levantarse. Estaba excitado desde la víspera y decidió que una ducha temprana le tonificaría. A su lado, su esposa dormía, ajena a sus desvelos. “Despierta, cariño –la zarandeeé blandamente, mientras depositaba un beso en su frente, como a ella le gustaba-, que nos vamos a Cádiz”.

Sin apenas darnos cuenta dejamos atrás la sierra, cruzamos la campiña y nos plantamos ante las puertas de la bahía. Con la bajamar, decenas de barcas varadas se agolpaban en los esteros como un cementerio de desahucios que congregara sobre el légamo los restos de siglos de naufragios. En el puente, un sinnúmero de cañas de pescar orillaban sus flancos como juncos esbeltos rendidos ante el fulgor del mar, que a esa hora presentaba un perfil de agua sosegada, como un vasto desierto de apretadas y minúsculas dunas. Al embocar la avenida, la ciudad se nos ofreció con su herida de asfalto, larga y rectilínea en medio de altos edificios que parpadeaban sin cesar desde los ventanales. Al pasar junto al estadio, el corazón me dio un vuelco. “Esta noche serás colonizado”, dije para mis adentros, mientras esbozaba una sonrisa. Había sido invitado por la organización del Trofeo Ramón de Carranza al acto de entrega de los premios literarios que convocaba el Cádiz Club de Fútbol, tras haber obtenido un accésit como galardón, y esta circunstancia había elevado mi autoestima y me hacía sentirme eufórico.

Sin otra cosa mejor que hacer, y decididos a protegernos del sol de agosto, entramos en el *hall* del Hotel Tryp La Caleta, que nos recibió con su abrazo de sombra. Preguntamos a un empleado por el lugar del evento y, ya informados, nos sentamos en sendos butacones que nos engulleron entre sus mullidas fauces de cuero. Como aún era temprano, nos dedicamos a observar todo aquello que se movía a nuestro alrededor. Al fondo del salón se sentaban los más madrugadores, que por su acento céltico dedujimos que eran los representantes del equipo portugués del Sporting de Braga. Poco a poco el *hall* se fue llenando de gente. Algunos llegaban seguros de sí mismos y encontraban pronto su ubicación; otros, como era nuestro caso, se sentían perdidos ante tanto desconocido. Nosotros, mientras tanto, nos divertíamos conjeturando sobre quién era quién en aquel maremagno que se estaba comenzando a gestar en el amplio recibidor del hotel. Apareció, por ejemplo, acompañado de su pareja, un mocetón alto y fornido, de piel bronceada, pelo corto y tonso y ataviado con un llamativo traje de chaqueta del color de los arcos en otoño.”¡Mira qué tío más bueno! –bisbiseó mi esposa reclamando mi atención-, ¿será un político o un ejecutivo?” “Debe ser un jugador de algún equipo – le contesté, para argumentarle a continuación-, ¿no ves el cuerpo de atleta que tiene?” De repente cruzó ante nosotros Teófila Martínez con su pelo trigueño, casi albo, y su prestancia en el andar, dejando a su paso un revuelo de fular y de gasas y la estela de su sonrisa perenne, como de afiche electoral, que siempre le antecede, embajadora imperecedera de sus actos protocolarios. Más tarde llegó José María del Nido, extrañamente solo. Tiraba de una maleta con ruedas, como un buhonero que arrastra su quincalla, mientras entretenía su soledad hablando sin cesar por el móvil. Pensé en la soledad del cancerbero ante el penalti o en la del corredor de maratón, y, por un instante, sentí lástima. Se notaba que el Sevilla no era querido por estas latitudes. Luego

se le acercaron los arribistas que pululan en todas las fiestas y los organizadores del Trofeo, y ya se le notó más relajado. La gente del Cádiz resaltaba con nitidez sobre los demás por su desenvoltura, como el torero que conoce los terrenos y nunca pierde el sitio ante el astado. Entró un señor con cara de buena gente y el pelo canoso, con la insignia del Cádiz en el ojal de la solapa, que luego supimos que era Antonio Muñoz, el presidente del Cádiz, C.F. y, un poco más tarde, compareció ante los presentes Martín José, al que nos presentarían a continuación como directivo y organizador del evento, el cual, muy ufano, mostraba una corbata a rayas con los colores casi amarillo y casi azul del Cádiz. “¿Os gusta? –preguntaba eufórico a los circunstantes- Es los más parecido a los colores del equipo que he podido encontrar”. Mientras tanto, yo buscaba con insistencia al señor Laporta entre la delegación azulgrana, pero éste no compareció. Entre éstos destacaba, por su enorme cabeza y su prominente nariz, un desconocido ejecutivo que hubiese hecho las delicias del contestado antropólogo vasco Julio Caro Baroja, ya que su macrocefalia era digna de estudio y aun de una tesis doctoral, y tampoco desmerecía su nariz, en la que el eminente erudito a buen seguro que hubiese detectado concomitancias genéticas con la típica nariz de ascendencia vasca, asociando así, por arte de birlibirloque –que es el arte recurrente de algunos hombres de ciencia-, la morfología nasal de vascos y catalanes con sus apetencias independentistas. Con el trasiego de las idas y venidas de los invitados, no nos percatamos de un grupo que se halla sentado en unos sillones frente a nosotros. “Seguro que son del jurado –me dice Paquita-, tienen cara de intelectuales. Acércate, ya verás como he acertado”. El aprendiz de escritor sabe que la capacidad de intuición de su esposa es proverbial y que nunca falla en sus apreciaciones, por lo que me levanto de mi confortable asiento y me acerco al grupo en el que se debe estar departiendo sobre lo humano y lo divino. Me presentan al ganador del concurso y a su esposa. Les inquiero acerca de si tienen experiencia en estos avatares y el escritor ensimismado, subido en su pedestal de vanidad, y con cierto desdén, me dice que él ha ganado muchos concursos y que es experto en estas lides. Su esposa, que ha ganado como yo uno de los accésits del concurso, no se le queda a la zaga y, con una sonrisa de suficiencia, me espeta que ella es *cuasi* profesional y que ha publicado varios libros de poemas y relatos. El aprendiz de escritor, abrumado por tanto brillo literario, decide volver junto a Paquita, en el momento en que alguien reclama la atención de los invitados para que pasen a un salón contiguo donde se ofrecerá un refrigerio que, amén de las bebidas de rigor, se compone de aperitivos a base de melón con jamón, anchoas con queso fresco y tomatito Cherry, tortillitas de camarones, adobo, tartaletas de salmorejo con chipirones, crujiente de queso, gambas Brik con mejillón y tirabuzones de pollo. De pie, apurando sus copas y degustando las sabrosas viandas, los contertulios han formado pequeños grupos según su afinidad. El aprendiz de escritor, junto a su esposa, se dedica a escudriñar los vaivenes de la marabunta humana que, como noria que no descansa, gira animada alrededor de las chicas que sirven los aperitivos. El grupo de los catalanes, con su marcado afán mercantil, intercambia tarjetas con algunos ejecutivos andaluces, allanando el camino para futuras empresas de índole inmobiliaria. Mientras tanto, el aprendiz de escritor va ya por la segunda copa y los dulces efluvios de Baco están comenzando a hacer estragos en su lucidez. Nota como su lengua se vuelve locuaz y desinhibida y su pulso torpe. Frente al amplio ventanal del hotel, dos balandros cruzan la bahía hendiendo con la cuña de sus velas la brumosa calma del horizonte.



Pienso en Francis Drake y William Dampierre asolando las costas gaditanas con sus galeones atestados de filibusteros, enarbolando la bandera de la codicia sobre las mesanas, mientras prendo una tartaleta que termina en el suelo con el chipirón zozobrando en un minúsculo mar de salmorejo. “Ten más cuidado” –me recrimina mi esposa-. Yo me agacho a recoger el estropicio, pero una camarera que ha visto lo sucedido está pronta a limpiar los restos del naufragio con una servilleta de papel. Cuando se levanta, observo que tiene rasgos mestizos –debe ser ecuatoriana, me digo- y de repente me siento mal, como si mi torpeza hubiese conducido a una especie de humillación a aquella persona. Tomo otra copa para aliviar mi desasosiego y la emprendo con los tirabuzones de pollo y los crujientes de queso, que parecen tener una textura más firme. Veo destacar por encima de las cabezas al alto y bronceado invitado del traje claro oteando el deambular de los concurrentes desde su privilegiada atalaya y, entonces, me atrevo de nuevo con la tartaleta que, una vez más, se me vuelve a escurrir entre los dedos y se estrella contra el suelo, dejándome en la punta de los zapatos el viscoso estigma de mi impericia. “¿Pero qué haces?” –se sonríe Paquita, entre incrédula y divertida- “¿Qué quieres, si es que son muy frágiles! –le contesto yo, no poco turbado por mi torpeza- ¡Apenas las aprieto y se desmenuzan!”. Esta vez, por suerte para mi conciencia atribulada, no andaba cerca la camarera ecuatoriana y alguien, desde una puerta lateral, nos apremia a subir al comedor. Ya arriba, se nota algún desconcierto en el protocolo. A nosotros no nos han adjudicado mesa y finalmente ocupamos el asiento reservado a Víctor Espárrago y a un reputado arquitecto local, respectivamente, que no han acudido al acto. A poco de sentarnos nos damos cuenta que hemos ido a parar a la mejor mesa. En la misma somos siete comensales. A mi izquierda se sienta el periodista José Antonio Hernández, con el que intimo rápidamente y al que quedo en enviar unas fotos por E-mail que le he tomado junto a unos amigos de generación ya talluditos. A continuación se sienta un profesor de latín que bien pudiera pasar por un guardavías de Renfe, con su porte sereno, como de haber leído mucho a los clásicos, y del que descubro después que es colchonero, como yo, con lo que de súbito se establece una corriente de simpatía entre ambos, quizás por aquello de que la tribulación hace amigos. Justo frente a mí se sienta otro profesor al que Paquita le dice con su natural desparpajo: “Usted debe ser catedrático”. “¿Es que lo llevo escrito en la frente?”, contesta él, cordial. “¿De economía?”, sigue inquiriendo la esposa del aprendiz de escritor. “¡Por poco! Soy catedrático de literatura”, responde de nuevo, jocosamente. Y todos nos reímos distendidamente. Como ya hemos cogido carrerilla y no hay quien nos pare, es especial a Paquita, que es locuaz *per se*, le preguntamos al siguiente comensal, que con su cara redonda y sus ojillos pícaros de niño travieso nos dice, con una afable sonrisa, que es el vicerrector de la Universidad de Cádiz. Y, por último, junto a mi esposa, se sienta Carolina Camacho, funcionaria del Ayuntamiento de Cádiz, que se muestra comunicativa y cercana. “Creo que hemos caído en la mesa con más lustre” –expongo abiertamente, animado por un vino blanco que se deja querer como una amante

entregada, a lo que todos asienten con una sonrisa de complicidad. La mesa adyacente está presidida por la alcaldesa y los directivos de los cuatro equipos que se disputan el prestigioso trofeo de fútbol veraniego, tras la que se levanta la tribuna de oradores. La comida no puede ser más apetitosa y refinada. De primero nos sirven ensalada templada de calamaritos con jamón de pato; de segundo lomo de lubina sobre compota de calabacines y de postre tartufo de chocolate y frambuesa. Tras el café, se procede a la entrega de los galardones. Se le entrega al inspector de policía la medalla de oro y brillantes del Cádiz, C.F. por su continuada labor en el mantenimiento de la seguridad en los eventos deportivos. Cuando se anuncia el segundo premio vemos acercarse a la tarima del presentador al mozarrón de porte atlético que creíamos un futbolista y que resulta ser un maestro de profesión que se está iniciando en los arcanos de la literatura y quien más tarde, ya en la calle, echaría pestes del primer premiado por su engolamiento y vanidad. A esas alturas del ágape, y entregado al albur de Dionisos, me hallaba departiendo familiarmente con el vicerrector, que resultó estar casado con una *payoya*, esto es con una oriunda de Villaluenga del Rosario, cuando me llamaron al estrado. Tras recoger el galardón me acerco al micrófono y, totalmente desinhibido y arrinconada mi timidez gracias a la acción bienhechora del vino blanco, entono el grito de guerra de la afición amarilla: “¡ese Cadi, oé!”, que todos los presentes corean eufóricos.

Ya de noche entramos en el estadio Ramón de Carranza. El señor Martín José nos había regalado dos pases, con los que accedemos a uno de los palcos. El estadio es una fiesta de luz y color. Las gradas están totalmente atestadas.



Juegan la gran final del LI Trofeo Ramón de Carranza el Cádiz, C.F. contra el Barcelona, y nosotros estamos allí para presenciarlo. Un mar de olas amarillas recorre los graderíos como un campo de girasoles ondulados por el viento. Oli marca de cabeza el primer gol para el Cádiz, peinando un balón que le llega centrado desde la banda derecha. El campo ruge con una sola voz y los cánticos inundan la cancha dando alas a sus jugadores. En la segunda parte, el Barcelona saca a toda su artillería pesada y da la vuelta al partido. E’Too se escapa por la izquierda y remeta a la red con un tiro cruzado empatando el partido y luego Ronaldinho, por dos veces, desde el borde izquierdo del área grande, convierte en gol sendas faltas directas. El público aplaude entregado las habilidades del astro brasileiro. Lo de menos es ya el resultado. Esa nave fenicia que es Cataluña ha impuesto su ley y su verdad, la que se deriva de una economía consolidada y mercantilista que consigue a los mejores jugadores del planeta a base de talonario. Cuando Puyol y Ronaldinho levantan el hermoso trofeo, que reciben de manos de Teófila, Antonio Muñoz y Martín José, emerge de las gradas una lluvia de flashes que anegan el estadio de un fulgor indescriptible. Es la apoteosis final. La gran fiesta del fútbol como espectáculo de masas.



El Cádiz ha dejado a sus seguidores un buen sabor de boca, a pesar de la derrota, abriendo para la afición la caja de los sueños de cara a la liga que se avecina en primera división. El aprendiz de escritor y su esposa abandonan el estadio con la sensación de haber vivido una jornada inolvidable. Frente al remozado coliseo, cientos de barbacoas se derraman por la playa como fraguas minúsculas impregnando el aire de un olor acre a bencina y carne abrasada. Dentro ya del coche emprendemos el camino de regreso, tratando de digerir el océano de imágenes que se han prendido a nuestras retinas, mientras la noche nos devora con su bostezo de sombras.

Autor: Juan Molina Guerra
E-mail: jmguerra@cajasol.es
Asociación: Grupo de Empresa Sagrada Familia
Caja de Ahorros: CAJASOL